

## CAPÍTULO XLI

## LA CÁRCEL DE SEVILLA.

CÓMO SE ENGENDRÓ EL QUIJOTE. — MATEO ALEMÁN.  
IVOTO Á DIOS, QUE ME ESPANTA ESTA GRANDEZA!...

El callejón de Entrecárceles, formado por la espalda de la Audiencia y el frente de la Cárcel Real, más que sitio humanamente accesible al paso era un lodazal de miserias, una rebujina de maldades y de podredumbres, á donde se acogía todo lo peor de Sevilla y de sus contornos. A cuatro pasos, mirándose de cerca, echándose el aliento como dos valentones prontos á reñir, la Cárcel Real y la Cárcel de Audiencia se provocaban constantemente: de vez en cuando la Real le soltaba á la de Audiencia unos cuantos desechos, que ni para galeras ni para la horca servían, con ser el de la horca servicio harto fácil para un hombre honrado. Vertían al callejón muchas inmundicias de la Cárcel, y con esto, y con estar á todas horas lleno de gentuza infecta y hedionda, que de entra y sal de los presos hacía, sólo al asomarse allí daba en el rostro una bofetada de todas las podriciones del mundo.

Atravesando aquel muladar humano, pasó Miguel, seguido de porquerones, los umbrales de la Cárcel Real. Allí topó antes que nada con el portero de *la puerta de oro*, quien le tomó el nombre y le preguntó el delito. Un escribano asentó ambos datos en un libro mugriento, y el de la puerta de oro no se metió en más averiguaciones, puesto que de un hombre preso por deuda al fisco no se podía extraer unto mejicano como de los que entra-

ban allí por guapos ó *hombres*, ó por lo contrario, es decir, por *sométicos* de los del pecado nefando, ó por ladrones, amancebados y alcahuetes.

El portero de la de oro se asomó á una escalera, y diciendo á Miguel que subiese por ella, con voz aflautada y tenue susurró: — ¡Ho-lá! — sonido silbante que, escurriéndose por los muros, fué contestado por otro que decía: — ¡Ai... lá! — Esto significaba: — Preso viene — y — Venga —. Después el de la puerta de oro avisaba á la de plata el delito: — ¡Ahí va el señor Cien-ducados! — puesto que Miguel iba por deudas, y al rematar la subida, el de la puerta de plata decía: — ¡Acá está! — con lo que bastaba para que Miguel fuese destinado, no á la cámara del hierro, ni á las galeras vieja y nueva, recintos carcelarios donde se encerraba á los presos peligrosos, salteadores, asesinos y sodomitas, sino á las cámaras altas, junto á la enfermería, junto á las habitaciones del alcaide.

El delito de Miguel era, más que como tal, estimado como un contratiempo ó revés de fortuna, y no era justo que un preso de escasa calidad fuera confundido entre la turbamulta de los matantes, rufos, tomajones y germanes. En el camino, desde la puerta de oro á las cámaras altas, vió Miguel lo único que aún le quedaba por ver en el mundo.

Gracias á la famosa *Relación de la cárcel de Sevilla* y al sainete del mismo título, que compuso el discreto y gracioso jurisconsulto de Sevilla licenciado Cristóbal de Chaves y que Gallardo atribuyó á Cervantes con error manifiesto, conocemos punto por punto aquel inverosímil rincón de la vida española en los últimos años del siglo xvi. Por dichas obras sabemos cómo vivían, comían y gozaban de las ciento cincuenta mujeres, por lo menos, que se escurrían por allí á diario, y cómo se herían, se mataban, se jugaban hasta el cuero, se emborrachaban, se encenagaban en otros vicios peores y salían tan guapamente para *el servicio de Su Majestad*, ó para la horca, los mil ochocientos presos que escondía aquel caserón: conocemos sus tretas, mañas, mohatras, triquiñuelas y artilugios para ganarse la vida ó la muerte, su fanfarria incurable, sus increíbles ánimos en el tormento y en la capilla, sus extrañas devociones, sus locuras, simplezas y niñerías. El hombre

que tenía á su cargo diez ó doce muertes, y á quien le habían cosido las tripas y remendado las asaduras sin que pestañease, daba lo mejor de su hacienda á otro preso listo de pluma porque le escribiera una carta amorosa á su daifa, que en el Compás ó en San Bernando quedó con padre y madre conocidos (los de la mancebía), y porque en el mensaje chorreara los más retumbantes conceptos de amor y ternura, y dibujase al final un corazón atravesado por muchas saetas y pintarrajeado con azafrán ó almagre, ó le figurase al mismo hombre con grillos y amarrado por una cadena á la boca de su querida, de la cual salían expresiones eróticas.

Sobre los mil ochocientos presos y sobre sus vicios, necesidades é inclinaciones, vivían unos cuantos centenares de individuos peores que ellos, puesto que á servirles se avenían; cuál tatuaba herraduras, sierpes ó *eses* con *clavos* en las piernas, brazos y pechos de los futuros galeotes; cuál les rapaba las barbas y les empinaba los mostachos; cuál andaba á la rebatiña, hurtando á éste y revendiendo á aquél las dagas de ganchos ó los cuchillos de cachas amarillas, sin contar los pastorcillos, que eran unos palos aguzados y con la punta quemada que pasaban á un hombre lo mismo que navajas barberas; otros eran listos en las *flores* y tenían maña para *herrar los bueyes*, que era marcar las cartas de la baraja en beneficio de los tahures, ya con raspadillo, ya con humillo ó con berrugueta; otros eran águilas en manejar el cortafrío y la sierra para abrir *guzpátaros* (agujeros), en rejas, paredes y tejados; otros en ocultar mujeres bajo las camas amontonándolas en camisa ó en cueros, como si fuesen tarugos de madera.

Por el día y de noche hasta las diez, en la cárcel había incesante trasiego de gente de la peor; á nadie se le preguntaba la causa de que entrara ó saliera como no fuese preso, y aun éstos, no siendo de los graves, salían también mediante su cumquibus al alcaide, al sotaalcaide y á los bastoneros ó vigilantes, que eran otros presos, pues no había en el caserón nadie que no fuera criminal ó ayudante, amigo y servidor de los criminales. Toda aquella morralla se mantenía de cuatro tabernas que en la cárcel llevaban una vida floreciente, y de lo que cada cual pudiera agen-

ciarse, pues ha de entenderse que allí nadie demandaba rancho ni comida, sino era por caridad y aprovechando la común largueza de los presos. Los puestos de la cárcel, alcaide, sotaalcaide, bodegoneros, porteros y demás, eran cargos envidiados por lo productivos; el de verdugo era tan lucrativo como el de alcaide, pues á ninguno atormentaba sin cobrar antes por apretar más ó menos los cordeles y el pobreto que había de sufrir la tortura sacaba de las entrañas de la tierra los escudos para no quedar cojo, manco ó quebrado.

Bien da á entender Cervantes que el ruido y la incomodidad de la cárcel eran insufribles. Por el día, á la baraúnda y estrépito de tantos entrantes y salientes, había que sumar el estruendo de las riñas y zurizas, los gritos, cautes y bailes flamencos y el disputar y gruñir de los jugadores perdidosos. Separadas de los presos, pero en el mismo edificio, las presas pasaban todo el santo día cantando en coro, acompañadas de vihuela y de arpa ó laúd las seguidillas recientes:

Por un sevillano  
rufo á lo valón  
tengo socarrado  
todo el corazón...

Otras veces les recogían las guitarras é instrumentos de cuerda, y era peor, porque entonces llevaban el són traqueteando con los mismos grillos que en manos y piernas llevaban. A puros gritos y al través de las paredes, se entendían con sus hombres y les hacían declaraciones amorosas, cuales nunca se oyeron en el infierno de los enamorados, como las de *las chuchas* en la actual Galera de Alcalá. — ¡Ah, mi ánima, ponte á la reja, que mañana salgo! ¡Envíame un contento, vida mía! ¡Lindo, por mis vidas, es el regalo! ¡Sano te vea yo, valeroso!... — Ruidosas eran las alegrías, silenciosas las pependencias. El *hombre*, con las tripas fuera, callaba como bueno. Así pasaba que solían enredar en la cuerda de azotados y en la de galeotes á quien menos culpa tuviese.

La trisca y la zumba eran mayores cuando había sentenciado á muerte: entonces la cárcel entera vibraba de gusto. Hombres y mujeres eran á alabar y halagar al condenado, y más cuanto ma-

yores fueran la serenidad de su rostro y el sosiego de sus palabras. Allí se jugaba con la muerte y se hurtaba todo, menos el cuerpo al dolor ó á la horca. El condenado continuaba impertérrito su partida de naipes, y si podía, á dos pasos de la sogá, les soltaba cuatro ó cinco floreos para sacarles los cuartos á sus compinches.

Tampoco se burlaba con la devoción. En cada cámara y en los aposentos ó celdas de los que estaban separados había una, dos y más imágenes, ante las que se renovaban á toda hora las candelicas de cera ó de aceite: Cristos patibularios, pintados con azafrán en la pared ó estampas de Vírgenes y Santos milagreros, iluminadas con los más extraños y fantásticos colores. Al cerrarse las puertas de la cárcel, todos los altarcillos é imágenes tenían sus luces encendidas. Encendíanse también las del altar que en el fondo del patio grande había, y el sacristán, rebenque en mano, iba haciendo hincarse de hinojos á todos los presos. Soltaban ellos la baraja ó la mujer con que estaban entretenidos, y mil ochocientas voces, desgarradas y aguardentosas unas, atipladas y femeniles otras, entonaban la Salve, con ese antiguo y trágico sonsonete de las Salves carcelarias, que hiela los huesos de quien por primera vez las escucha. Presos grandes y chicos, de escasa pena y de muerte, cantaban con la misma devoción, atarazados por el miedo á la otra vida ó creyentes en milagros que les salvaran, para volver á sus correrías y bandidajes.

Mientras rezaba con ellos, siguiendo el conjunto aterrador de aquellas voces, sentía Miguel cómo por cima de todas las miserias humanas aletea un ideal, que para cada sér es distinto, pero que á todos los une y ensambla, como se machihembraban las voces en aquel inesperado y no previsto concierto de la Salve, y lo que siempre en él fué presentimiento de cuán interesante es y puede hacerse la humanidad alta y la baja, si se la considera y hace ver en busca de algo, peregrinando con una intención noble y peleando por un fin irrealizable y desvariado, se trocaba ahora en convicción profundísima. En la hedionda y lúgubre obscuridad del patio y de los corredores y aposentos que á él hacían, las luces de las candelicas y cerillos titilaban, parpadeaban las puer-

tas y las ventanas, unas voces ceceaban roncas, otras galleaban sutiles, y por cima de todas ellas solía asomar un claro són femenino, que con angelical blandura entonaba el canto religioso. Miguel reconocía en aquella voz la misma que al són de los grillos había cantado por la tarde la seguidilla ardorosa:

Por un sevillano  
rufo á lo valón...

En aquel mundo chico y bajo de la cárcel de Sevilla estaban, pues, compendiadas todas las ansias, altezas y pequeñeces del mundo grande: y todas ellas importaban, conmovían, hacían reír, sangraban, estremecían, excitaban: todas eran por igual interesantes como los hechos heróicos que el historiador y el poeta épico ensalzan.

Aquel contraste fecundo notado por Miguel entre las nieves del Veleta y la lujuriosa vega granadina, encerraba el secreto del vivir y del arte. Y entonces, sumido en las repugnancias de la cárcel, sintiendo correr por su cuerpo la miseria, viendo en los ajenos y en las paredes y en el suelo otro menudo y espantoso cosmos de chinches, pulgas, ladillas, piojos, reznos y garrapatas, recordaba Miguel sus pasados días de gloria, recordaba el sol de oro que le alumbró en Lepanto y que le acarició en Nápoles y en Lisboa, y pensó que ni era otro el sol, ni tampoco él había variado, pero que en la vida nos engañábamos inocentemente pensando que es grande lo grande y chico lo chico.

No hacía Miguel estas reflexiones á solas, ni quizá las hubiera hecho, á no hallarse también allí en la cárcel preso, como él y por razones análogas de rendición de cuentas, otro empleado del fisco, que había sido oficial mayor de la Contaduría en pasados tiempos, el cual, mejor aún que Miguel, conociera las ficciones de la corte española y las lozanías de Italia y de su libre vida. Era cincuentón, por lo menos, hombre sagacísimo y pausado, maestro de la vida y con tan feliz memoria y buen arte para contar sucesos de grande y de menor cuantía como ningún otro: con esto, hombre tan curtido y baqueteado, que podía dar lecciones de experiencia al dios Saturno, y tan filósofo que tal vez ninguno mayor

ha tenido España, si se exceptúa al jesuita autor de *El criticón*. Conversando con Miguel, pronto se hizo amigo suyo, cuanto pueden serlo dos hombres desgraciados que se conocen al llegar la cincuentena: con Miguel comunicó desde luego un libro que ya tenía manuscrito y terminado y que, ó mucho se engañaba, ó había de ser uno de los mejores entre los de entretenimiento que en España se compusieran.

Hablando, hablando de lo que más gusto daba á uno y á otro, vino Miguel en averiguación de que su interlocutor era amigo de Vicente Espinel y del discreto cortesano de Segovia Alonso de Barros. Acaso ya el satírico rondeño, conociendo la obra de su amigo, había compuesto en su elogio aquel epigrama latino, que tan bien pinta la situación de ánimo en que á la sazón se hallaba Cervantes y que tan honda impresión debió causar á éste.

*Quis te tanta loqui docuit Guzmanule ¿quis te  
stercore submersum duxit ad astra modo?  
Musca modo et lautas epulas et putrida tangis  
ulcera, jam trepidus frigore, jamque cales...*

A lo que filosóficamente contestaba el preguntado:

*Sic speciem humanæ vitæ, sic perfero solus  
prospera complectens, aspera cuncta ferens...*

Como el personaje de los versos, Miguel estaba entonces sumergido en el estiércol y pronto á subir hasta los astros. El libro que su interlocutor le leía en la cárcel sevillana, en aquellos días en que Miguel cumplió los cincuenta años, se llamaba *La atalaya de la vida humana, aventuras y vida del pícaro Guzmán de Alfarache*. El amigo que mejor trato tuvo con Miguel en aquella negra prision, se llamaba Mateo Alemán. Antes que lo dijera el contador Hernando de Soto, conoció Miguel que era aquél libro donde

ni más se puede enseñar  
ni más se debe aprender...

Y véase por dónde y cómo tal vez la misma pluma de ave que escribió los últimos capítulos de *Guzmán de Alfarache* sirvió para escribir los primeros del *Quijote*, engendrado en una cárcel donde

toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación: la cual no pudo ser sino la cárcel de Sevilla, en donde Miguel pasó todo aquel Otoño, saliendo de ella á los primeros días de Diciembre.

Muchos Otoños fértiles había tenido Miguel: ninguno más que aquel pasado en la cárcel de Sevilla, donde engendró el libro único. ¡Quién pintará su alegría cuando salió de ella y se vió de nuevo en la anchurosa plaza de San Francisco, paseando los soportales, con unos cuantos pliegos manuscritos bajo el brazo, mientras por cima de las casas paredañas de la Audiencia, la Giraldá más contenta que nunca se le aparecía graciosa y gentil, pronta á romper en desenfrenada y gachona zarabanda! Lo que de aquellos meses de la cárcel había sacado, fuera de las canas que entre lo rubio de las barbas se le parecían, era, y de ello Miguel estaba seguro, la más alta ganancia y el más rico hallazgo de su existencia. Y Miguel, desde un principio, contento y seguro de que había entrado con pasos firmes en el camino de la inmortalidad, se reía, se reía pensando cómo lo que no le agenció el trato con los mayores héroes de su tiempo, lo que no ganó á las órdenes de Don Juan de Austria y de Don Alvaro de Bazán, habían de procurárselo y lográrselo aquellos días piojosos y chinchosos, llagados y lacerados de la cárcel de Sevilla y la compañía de Carihartas y Gananciosas, de Solapos y Paisanos, de Maniferos y Escarramanes. ¡Ah, qué bella, qué ancha, qué imprevista y qué original es la vida!

Cervantes, con su amigo Alemán, también suelto á poco, salía á reirse á los ventorrillos del Guadalquivir, á tomar el sol de invierno, camino del monasterio de las Cuevas, á pasear por el campo de Flores, desde donde el venerable, el sapientísimo, el prudente y proveyecto varón Benito Arias Montano escribía aún á Felipe II rogándole que conservase como asistente de Sevilla al feroz conde de Puñonrostro D. Francisco Arias de Bobadilla, el que ahorcó á los famosos rufos Mellado y Gonzalo de Sanabria y á otros tantos, y metió en cintura á la desalmada picaresca sevillana.

Grande, ancha é interesante la vida, le parecía á Miguel sin-

gular locura la de su amigo el bilioso Fernando de Herrera, á quien por fin habían matado las pesadumbres amorosas ó su propio genial resquemado y reconcomido. Bueno era el mundo, buenos los tratos y diversiones de la gente conocida en la carcel, cosa rica y divertida la horca, regalado espectáculo la pena de azotes, el emplume, el enmelamiento. A pesar del rigor que Puñonrostro desplegaba, azotando, ahorcando, enviando gentes á galeras; á pesar de los pujos de corrección que les acometieron á los señores del Cabildo municipal, moviéndoles á echar hacia la Lonja á los vendedores y regatones de las calles; á pesar de la evangélica furia con que un día cierto canónigo de la colegial del Salvador arrojó también, imitando á Jesucristo, á los fruteros y hortelanos que vendían á la puerta de la iglesia, el hampa no iba en disminución ni la podredumbre sevillana cedía.

En todo el año 1598 hubo epidemias de tabas y carbuncos, á causa de la carne muerta y mal matada que se vendía en todos sitios; epidemia humana hubo también de poetas malos, y entre ellos se distinguía por lo estrafalario y ridículo, el original Francisco de Pamones,

con quien las musas ojeriza tienen,

según dijo años después en el *Viaje del Parnaso*, Miguel, que debió de reirse mucho en aquellos tiempos con las rimas estrambóticas del desdichado vate.

Como él y como otros muchos, un poco al azar y á la ventura, vivía Miguel ó sobrenadaba en Sevilla, mientras iba combinando, disponiendo, trazando y dando forma á su libro. No es dudoso que, según lo componía, su genio no le dejaba tener oculto tal tesoro, y, sin pensar más que en satisfacer aquel gusto, regodeo y complacencia con que toda la obra está pensada y escrita, iba leyéndoselo á los demás escritores y poetas amigos suyos. De esta manera, mucho tiempo antes de impresa la obra, y aun antes de concluída su primera parte, sus gracias comenzaron á divulgarse de boca en boca por Sevilla, y así corría la fama de Cervantes como hombre de ingenio peregrino y de jamás igualada inventiva.

Tiene el *Quijote*, como pocos libros, quizás como ningún otro, el mérito excepcional de poder iniciarse y resumirse su asunto en pocas palabras, y ponerle así al alcance de todas las inteligencias y á la disposición de todos los gustos. La formidable antítesis por Miguel entrevista en Granada ó quizás antes, y por él revista y repensada en la carcel de Sevilla, era al instante dueña de los ánimos, los interesaba, los persuadía. No diré que á Cervantes le señalasen con el dedo las sevillanas, como hacían con Dante las florentinas cuando supieron que iba á publicar el *Infierno* y que decía haber estado en él; sí que en Sevilla muchas fueron las personas que conocieron á D. Quijote y á Sancho, y hablaron de ellos cinco ó seis años antes de que salieran á luz sus aventuras. Sólo un hombre tan vulgar como el cronista Ariño, desconocía el nombre de Cervantes. En cambio, el licenciado Collado, al copiar los versos hechos por Miguel en serio al túmulo de Felipe II, dice bien claro: "Algunos otros versos se pusieron sueltos y unas *décimas* que compuso Miguel de Cervantes *que, por ser suyas, fué acordado ponerlas aquí.*"

Quiere decir esto que Miguel era no sólo conocido, sino reputado por uno de los mejores ingenios de Sevilla y no tanto por sus versos cuanto por la noticia del *Quijote* que unos mejor y otros peor iban poseyendo. No obstante, como siempre le había acontecido, al llegar el otoño de 1598 se halló muy sin ropa y muy sin dineros. En 15 de Septiembre de dicho año tuvo que pedir á préstamo once varas de raja cabellada para dos trajes ó para traje y capa ó ferreruelo. Mes y medio después, andaba en tratos y reventas de provisiones al por menor con los bizcocheros de Triana y con los patronos de pataches y goletas que atracaban al muelle.

En tanto, había ocurrido en España uno de los más importantes sucesos de la Historia. Gotoso, llagado, agusanado y podrido murió el Rey D. Felipe II, el día 13 de Septiembre, en El Escorial. Con él se extinguía la gloria de los Austrias.

La gran Sevilla,

Roma triunfante en ánimo y nobleza,  
acordó celebrar los funerales del rey alzando un túmulo tal que

de él se hablase en el mundo entero. De su traza y ejecución, previas reñidas oposiciones, se encargó el maestro mayor de la ciudad, que era el Jurado Juan de Oviedo, aquel famoso arquitecto é ingeniero militar á quien debió Sevilla las obras más importantes de su época, la construcción del Matadero, el reparo de los Caños de Carmona y otras edificaciones, y Cádiz las famosas fortalezas, del Puntal y Matagorda. Hicieron las estatuas del túmulo el escultor del sentimiento Juan Martínez Montañés y su compañero Gaspar Núñez Delgado: las pinturas Francisco Pacheco, Juan de Salcedo y Alonso Vázquez Perea. El 24 de Noviembre comenzaron los funerales. Al día siguiente en la misa, por una cuestión de etiqueta, disputaron la Audiencia y la Inquisición, se quedó la misa á medias y fué preciso concluir de celebrarla en la sacristía. Entre la algazara y rechifla de la gente sevillana, se retiraron los sacerdotes, bajó del púlpito el predicador, los señores de la Inquisición se marcharon muy enfurruñados haldeando sus gramallas negras, y los de la Audiencia rezongando entre sus cajés blancos y sus negras garnachas.

El suceso fué la fábula y comidilla de los sevillanos durante unos meses. Estuvo puesto el túmulo y sin celebrarse los funerales hasta fin de año. Todos los días iba la gente á ver si por fin se celebraba ó no la función.

El martes 29 de Diciembre, entró al acaso Cervantes en la iglesia y al ver tantos sevillanos embobados con los preparativos que por fin se hacían para celebrar al día siguiente las honras, miró por centésima vez el monumento y sin poderse contener entre la chacota general, dijo, con valiente entonación aquel soneto que siempre tuvo por honra principal de sus escritos:

¡Voto á Dios, que me espanta esta grandeza  
y que diera un doblón por describilla...

## CAPÍTULO XLII

LA ACADEMIA DE PACHECO.—LOS LIBROS DE CABALLERÍAS  
DON QUIJOTE CRECE.—MUERE ANA FRANCA.—QUAE EST ISTA...

El pintor y poeta Francisco Pacheco, á la verdad, mediano pintor y poeta desapacible, nos dejó en su *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones* una joya valiosísima. Merced á ese peregrino libro conocemos mejor que por ningún dato ni reseña escrita lo que era la sociedad literaria y artística sevillana en los últimos años de Felipe II y primeros de su hijo. Ese libro nos muestra, sin quererlo su autor, cómo en el reinado de Felipe II comenzaron á hacer asiento y á cuajar y á trabarse y á formar una conglomeración sólida y maciza los ingenios de las diversas ciencias y artes. Los ilustres y memorables varones en él retratados constituyen, sin proponérselo ellos, ni su retratista, una Academia con todos los bienes y todos los males á este nombre inherentes.

Hay en ella sujetos de tan marcado temple académico, cual el doctor Luciano de Negrón, todo escuálido, todo blando, tiernos los ojos, tímida la cara, lleno de fingida modestia y de contrahecha bondad y que lo mismo se colaba, sin ruido, en el provisorato de la sede vacante por muerte del cardenal D. Rodrigo de Castro, que asistía con la mayor mansedumbre evangélica á la degradación y ejecución en la horca de dos frailes portugueses, dominico y francisco, á quienes él mismo condenó por complicados en la impostura de Marco Tulio Carsón, que decía ser el rey D. Sebastián perdido en Alcazarquivir: y con esto, grande amigo y corresponsal de los sapientísimos varones Juan Voberio,